

Miércoles, 24 de abril 2013

## El Dios de tres cabezas

<http://thearchdruidreport.blogspot.com.es/2013/04/the-god-with-three-heads.html>

Se ha dicho que la religión de un hombre es lo único que no puede soportar que sea puesto en duda. Si hay algo de verdad en el viejo dicho, la idea de que la fe en el progreso es una religión tiene mucho a su favor. Durante los siete años de este blog he discutido bastantes temas polémicos y muchas propuestas que de hecho contradicen la creencia convencional de nuestro tiempo; ninguno de ellos me ha generado tal número de denuncias balbucientes como la sugerencia de que la creencia en el progreso es la religión civil más importante del mundo industrial moderno.

Un comentarista en uno de los muchos otros sitios donde aparecen mis mensajes colocó su crítica al post de la semana pasada con un grito de "¿Por qué hay que soportar esto?" Como dudo que nadie le esté apuntando con una pistola en la cabeza obligándolo a leer el Informe del Archidruida, será él mismo quien tenga que responder a la pregunta. Aún así, su arrebato furioso es un recordatorio útil de uno de los rasgos característicos de los sistemas de creencias que estamos discutiendo. No importa lo sutil y muy razonable que sea su hemisferio cerebral intelectual, cuando se llega a los lugares más profundos del corazón humano, se desatan las pasiones irracionales y poderosas.

Las religiones civiles y religiones teístas por igual tienen a los creyentes motivados para morir por su fe y matar por ella, para hacer enormes sacrificios y cometer crímenes atroces. No hay muchas motivaciones humanas que iguallen a la religión como una fuerza impulsora, y no sé de ninguna que la supere. Cuando la gente empuja más allá de los límites de la humanidad ordinaria en cualquier dirección, buena o mala, si no es una cuestión de amor o de odio de un ser humano a otro, lo más probable es que lo que los impulsa hacia adelante es o bien una fe teísta o una civil .

Esta es una de las principales razones por la que nos hemos lanzado a una exploración de las dimensiones religiosas del pico del petróleo y por qué he empezado con un estudio de la característica más distintiva del panorama religioso de nuestro tiempo: la forma en que la creencia en la invencibilidad y la beneficencia del progreso ha venido a servir a una función esencialmente religiosa en el mundo moderno, que impregna las conversaciones colectivas de nuestro tiempo. Es también una razón importante de por qué de que la exploración continuará durante las próximas semanas, porque hay mucho más que decir acerca de esta fe contemporánea, la mitología histórica que subyace en ella, y las distorsiones que impone en casi todos los supuestos de nuestra sociedad acerca del futuro.

Es importante, en primer lugar, prestar atención a las ambigüedades envueltos en la concepción moderna de progreso. Cuando la gente piensa o habla de progreso, con ese nombre o cualquiera de sus eufemismos comunes, hay por lo menos tres cosas diferentes que pueden significar. Las tres comparten la presuposición común que la historia tiene una tendencia inherente a moverse en una dirección particular, que el movimiento en esa dirección es una buena cosa, y que los seres humanos pueden y deben contribuir al movimiento hacia adelante (hacia el bien). Es la dimensión de la vida humana en la que se cree que el movimiento de estar teniendo lugar lo que marca la distinción entre estos diferentes significados de progreso.

La primera versión del progreso es el progreso moral: se centra en la afirmación de que la tendencia inherente de la historia es hacia relaciones humanas cada vez más éticas y mejores formas sociales. En estos días, sobre todo en el extremo más hacia la izquierda de la sociedad, esta versión de los avances suelen ser formulada en términos políticos, pero su empuje moral es imposible de pasar por alto, ya que sus proponentes inevitablemente enmarcan sus argumentos en términos de absolutos morales, virtudes y vicios. En su mejor momento, la postura ética de la corriente contemporánea de la izquierda en América y Europa fue una de las pocas filosofías morales realmente originales desarrolladas en los tiempos modernos, con un enfoque concreto en las virtudes de igualdad, justicia social y bondad, todo ello entendido y buscado principalmente en lo colectivo en lugar de a nivel individual. En su contra — como todas las filosofías, tiene su lado oscuro—se convierte en un canto de fariseos (a veces

edulcorado, a veces estridentes), al servicio del ansia de un poder inmerecido que es el pecado capital de todos los moralistas modernos.

Se puede ver la fe en el progreso moral en funcionamiento cuando, en cualquier tiempo, las personas insisten en que algún cambio social propuesto es un avance, un paso hacia adelante, que nos aleja de la ignorancia y la injusticia de un pasado sumido en la ignorancia. Incluso si este tipo de conversación es retórica manipuladora barata (lo que por supuesto es muy a menudo), es la fe en el progreso moral lo que le da el poder de manipulación y permite que funcione. Piensa en las implicaciones de las palabras "adelante" y "atrás" aplicadas a los cambios sociales, y puedes comenzar a ver hasta qué punto la mitología del progreso impregna el pensamiento contemporáneo: sólo si la historia tiene una dirección natural del flujo tiene algún sentido el referirse a un conjunto de políticas sociales como "progresistas" y otro como "retrógradas". Sólo considerando esos términos ("atrás" y "adelante") se pueden describir como "ancladas en la década de 1950." la cultura o las leyes de los estados del interior tan despreciados por los intelectuales de las ciudades costeras. Sólo la creencia en que la historia se mueve en una dirección definida específicamente por el progreso moral da su significado a estas metáforas tan comunes.

Eso es sólo una de las tres dianas a las que se dirige la fe en el progreso. La segunda es el progreso científico y técnico, que se centra en la afirmación de que la tendencia inherente de la historia humana es hacia el conocimiento cada vez más completo y el dominio del cosmos. En teoría, podría ser posible concebir el progreso científico sin un aumento correspondiente en el poderío técnico, o viceversa; en la práctica, al menos en las mentes de aquellos que interpretan el progreso a lo largo de estas líneas, los dos rara vez se separan. Como Francis Bacon argumentó en el primer gris amanecer de la revolución científica, el valor de los conocimientos relacionados con la naturaleza es el poder que resulta de ese conocimiento; la inversión en la producción de conocimiento científico es casi universalmente justificada al mencionar lo que permitirá a la humanidad hacer al mundo gracias al conocimiento resultante.

Para ver las características fundamentales de una religión en términos muy duros, a menudo es útil mirar sus formas más extremas, y la fe en el progreso científico y técnico no es una excepción. El ejemplo que tengo en mente aquí es el Singularitarianismo, que afirma que en algún momento cercano (el profeta singularitariano Ray Kurzweil ha fijado la fecha en 2045) la imparable marcha hacia delante de progreso, alimentado y propulsado por la creación de inteligencias artificiales mucho más potentes que cualquier mente humana, se acelerará hasta el infinito. Todos los sueños de la ciencia ficción, desde el vuelo estelar a la inmortalidad o al sexo virtual con Marilyn Monroe, se harán realidad, y la humanidad logrará algo así como la divinidad, a menos (claro) que los ordenadores hiperinteligentes decidan exterminarnos.

Hay mucho que discutir sobre la religión del singularitarianismo, pero la más relevante para el presente post es el malentendido salvaje que impone a la naturaleza del conocimiento científico. Una gran parte de los descubrimientos de la ciencia, incluyendo muchos de sus mayores logros, se pueden resumir perfectamente en las palabras "eso no se puede hacer." Si un superordenador omnisciente pudiera existir (y estoy muy lejos de pensar en esa posibilidad) éste podría emplear y procesar la suma total de la ciencia y la tecnología humana y decirnos: "para ser unos seres de capacidades mentales modestas, habéis hecho un buen trabajo de averiguar qué se puede hacer con los recursos disponibles. Aquí os dejo algunos trucos técnicos que todavía no habéis usado, pero el vuelo estelar, la inmortalidad y el sexo con esa tal Marilyn Monroe, lo siento, no es posible, tendréis que seguir viviendo sin ellos. "Lo que es más, muy posiblemente tendría razón.

Incluso fuera de la fe Singularitarians, ten por seguro que obtendrás incompreensión o desacuerdo furioso si sugiera que puede haber cosas que el progreso científico y tecnológico no puede lograr. Aquellos de mis lectores que han estado en la escena del pico del petróleo durante algún tiempo han aprendido qué obtendrán cuando tratan de sugerir al resto del mundo que apostar el futuro de la extracción infinita de recursos de un planeta finito no es una idea brillante. Alguna variación en "Bueno, estoy seguro de que algo inventarán." El sujeto de esta frase tan familiar, por supuesto, son los científicos, ingenieros y expertos en tecnología: el mero hecho de que "ellos" han estado tratando de conseguirlo, en este caso particular, durante más de un siglo, y el éxito aún está por verse, no hace nada

por socavar la realidad, por resquebrajar la fe en el poder del avance tecnológico ubicua en la cultura popular.

Así pues, el progreso científico y técnico juega un enorme papel en la mitología moderna del progreso. Pero ha igualado, si no superado, por el tercer tipo de progreso, el progreso económico, que se centra en la afirmación de que la tendencia inherente de la historia es que cada vez serán mayores los niveles de abundancia económica y además que esa abundancia esté más o menos igualmente distribuida. La creencia de que el crecimiento económico exponencial continuo es normal y beneficiosa (y que todo lo demás es anormal y destructivo) es quizás la forma más aceptada de la mitología del progreso en la vida contemporánea, sobre todo porque a la mayoría de la gente le gusta imaginarse que ellos mismos se beneficiarán de eso.

Abra la sección de negocios de cualquier periódico, ojea cualquier libro de texto de economía, lee las actas de las reuniones de cualquier corporación de negocios en los EE.UU. contemporáneos (o en la mayor parte del mundo moderno) y verás una fe en el progreso económico tan absoluta e irreflexiva como la confianza que tenía cualquier campesino medieval en las reliquias y huesos del santo local. En el mundo mítico retratado por los profetas y visionarios de la fe, el crecimiento económico siempre es bueno, y se presenta como una recompensa para los que obedecen los mandamientos de los economistas. El hecho (y, por supuesto, es un hecho) de que la obediencia a los mandamientos de los economistas en general ha ocasionado más desastres que prosperidad a las economías del mundo industrial desde hace décadas muy raramente entra en estos reverentes pensamientos.

No obstante, en los últimos años la fe en el progreso económico (es decir, el crecimiento) ha sido objeto de críticas desde dos lados. Por un lado, está el pequeño pero gradualmente creciente cuerpo de ecólogos, economistas y otros expertos que señalan lo absurdo de la expansión económica perpetua en un planeta finito y documentan algunas de las formas en que una obsesión con el crecimiento por sí misma produce una abundante cosecha de problemas. Por otro, está el sentido menos coherente, pero mucho más generalizado, de que no parece que el progreso económico esté funcionando como se supone que debería: que el nivel de vida de la mayoría de las personas están disminuyendo en lugar de mejorar, que las políticas económicas que se han vendido al público como formas de arreglar una economía en problemas están teniendo exactamente el efecto contrario. Aun así, la mayor parte de las críticas que derivan de esta segunda consideración (y no pocas de los de la primera) asumen que el crecimiento es normal, y han puesto su atención en cómo ese estado supuestamente normal consiguió descarrilar.

Progreso moral, progreso científico y tecnológico y progreso económico. Esas son las tres formas en las que se configura el progreso en la mente de quienes han puesto su fe en él. Si se quiere, las tres cabezas de la deidad de la Iglesia del Progreso. Es crucial tener en cuenta, sin embargo, que estas tres visiones de progreso a menudo se entrelazan de manera compleja en la mente de los creyentes. Para muchos liberales estadounidenses del mainstream de finales del siglo 20, por ejemplo, el progreso ilimitado de la ciencia y la tecnología garantizaría un crecimiento económico igualmente ilimitado, lo que haría posible suprimir la pobreza, facilitar la igualdad de oportunidades para todos y cumplir con las esperanzas de progreso moral sin que fuera necesario que nadie de los que ya tenían acceso a privilegios y abundancia económica tuvieran que renunciar a nada.

Así que una fusión completa de las tres modalidades de progreso fue una vez el canon. Al leer cualquier escrito de la gran cantidad de literatura autocomplaciente sobre los progresos editada en la prensa popular en Gran Bretaña o EE.UU. en el siglo XIX, por ejemplo, te encontrarás a las tres fuertemente entrelazadas, con la supuesta superioridad moral de la civilización anglosajona que sirve como eje argumental que pretendía explicar el progreso ilimitado de la tecnología y también para justificar la distribución extremadamente desigual de los beneficios del crecimiento económico. La espantosa historia del siglo XX hizo mucho más difícil sostener seriamente tales afirmaciones morales, y por eso las versiones populares de la fe en el progreso en los últimos decenios suelen evitar la dimensión moral y se centran en las otras dos formas de progreso.

Por eso, lo más común en estos días, la principal versión americana de la fe en el progreso está sólidamente atornillada al bucle de realimentación supuestamente imparable entre el progreso

científico y tecnológico, por una parte, y el crecimiento económico por otra, mientras que el progreso moral sólo tiene asignados pequeños papeles por aquí y por allá. Es más que nada en la izquierda donde la fe en el progreso moral conserva su antiguo papel, una de las muchas formas en las que el extremo más hacia la izquierda del panorama político estadounidense es significativamente más conservador, en el sentido estricto de la palabra, de los que se llaman sí mismos conservadores en estos días, e incluso allí, es cada vez más una esperanza que se desvanece, popular entre la vieja generación de activistas y entre los que se han movido hacia los márgenes de la sociedad y mezclan su fe en el progreso con una buena ración de su antigua antireligión, la fe en el apocalipsis: es justamente de esta mezcla inestable de donde surgen las afirmaciones de que un mundo moralmente mejor está al llegar una vez el mal, y la mayoría de la población del planeta, vuelen en pedazos.

Creo que este último proceso es la razón por la que la fe en el progreso moral tiende a aparecer en la literatura del pico del petróleo, e incluso con más frecuencia en las conversaciones en la escena del pico del petróleo. Durante mucho tiempo he perdido la cuenta del número de veces que alguien me ha sugerido que si la civilización industrial continúa por la pista muy gastada de la sobreexplotación y el declive, el aspecto positivo de esa nube tan negra es que los rigores de la disminución nos obligarán a todos nosotros, o al menos a los supervivientes, a ser mejores “mejores “personas, definiendo “mejor” de diversas maneras como ecológicamente más sensibles, más compasivos, o lo que sea, dependiendo de las preferencias personales del hablante.

Por supuesto, cuando las civilizaciones sobrepasan su base de recursos y empiezan a patinar por el arco de descenso hacia el cubo de basura de la historia, un giro repentino hacia la virtud moral de cualquier tipo es un raro evento. El colapso del orden social, el surgimiento de bandas de guerra de bárbaros, y una buena parte del resto de acompañantes en la decadencia y caída tienden a empujar las cosas difíciles en la otra dirección. Aún así, la importancia de la fe en el progreso en el imaginario colectivo de nuestro tiempo es tal que de alguna manera tiene que aparecer para hacer que el futuro se vea mejor que el presente. Si un futuro de progreso tecnológico y el crecimiento económico ya no son una opción, entonces la esperanza de superación moral se convierte en el último clavo ardiendo al que se agrarran con todas sus fuerzas los que creen en el progreso.

A muchos de mis lectores esto les puede parecer una buena idea; muchos otros pueden considerarlo inevitable. Estoy lejos de estar convencido de ambas cosas. Desde hace más de treinta años, la convicción de que el progreso, de alguna manera, se las apañará para rescatar al mundo industrial de las consecuencias de sus propias malas decisiones ha sido el mayor obstáculo en el camino de la prevención de más de esas mismas malas decisiones. ¿Cuántas veces hemos escuchado todos que el crecimiento económico va a solucionar el agotamiento de los recursos y la degradación del medio ambiente? O que los avances científicos y técnicos los van a solventar, o que un gran despertar moral —llamado el aumento de la conciencia planetaria, o cualquiera del resto de palabras de moda populares— lo iba a arreglar. Al final resultó que, por supuesto, ninguna de estas cosas arregló nada en absoluto, como tampoco solucionó nada ninguna de las tres formas de progreso en las que tantas personas creen y confían.

Tampoco, hay que decirlo, la fe en el progreso es una configuración o impronta inserta de manera inamovible en la psique humana. Es un sistema específico de creencias con raíces históricas diversas y bien documentadas en el mundo occidental, pero la mayoría de la gente en la mayoría de los otros lugares y épocas han tenido creencias sobre el futuro muy diferentes u opuestas. Ha habido muchas culturas en las que se la historia se creía que seguía una tendencia inherente a moverse de mejor a peor, partiendo de una edad de oro en el pasado a una era de oscuridad y horror en algún lugar en el futuro, y la esperanza individual y colectiva se centraba en la posibilidad de mantener el benéfico legado del pasado durante el mayor tiempo posible mientras acecha el declive. Tampoco son éstas las únicas opciones; por ejemplo, han sido muchas las culturas que veían el tiempo como un círculo, y muchas más para las que el tiempo no tenía ningún sentido o dirección en absoluto.

Es muy común que las personas criadas en una cultura determinada tengan su propia visión de las cosas de forma normal y natural, y se rascan la cabeza con desconcierto cuando se dan cuenta de que la gente en otros lugares y otros tiempos ven las cosas de maneras muy diferentes. La civilización industrial moderna, a pesar de la sofisticación con que gusta describirse a sí misma, no está más libre de esta

costumbre que cualquier otra sociedad humana. Para dar sentido al futuro que se nos acerca va a ser necesario deshacerse de esa costumbre, cómoda pero engañosa, de pensamiento y reconocer que la fe contemporánea es un producto culturalmente específico que ha surgido en una muy excepcional como resultado de un conjunto de insólitas circunstancias históricas y darse cuenta de que, aunque respondió muy adecuadamente adaptándose a esas circunstancias, se ha convertido ahora en una adaptación letalmente mala.

Por ello, para entender estas cosas va a ser necesario excavar hasta los cimientos de la cultura industrial moderna y lidiar con uno de los marcos cognitivos básicos que nuestra sociedad —y de todas las demás— utiliza para dar sentido a las confusas figuras de manchas de tinta del cosmos. A falta de una etiqueta mejor, vamos a llamar a este entorno *la forma de tiempo*. Vamos a hablar de que la próxima semana.